

»Un hombre ha existido tan sólo que le haya dicho: «¡Pelear por mí!» y los Franceses siguieron á este hombre con entusiasmo, adoran su memoria y la adorarán siempre, porque no les engañó, porque él fué el único que les comprendió; no les exigió ningún crimen, no les hizo cómplices de ninguna pasión mala; únicamente les encargó morir con honra, y obedecieron.

»Realmente era un hermoso espectáculo ver el otro día este pueblo generoso saludar cariñosamente el féretro triunfal. ¡Cuánto entusiasmo! ¡Qué emoción



Los funerales del Emperador.— Paso del cortejo por los Campos Eliseos (15 de Diciembre de 1840.)

tan extraordinaria! Nadie se desanimó, á pesar de haber tenido que esperar cuatro horas sobre la nieve. Todos temblaban y sufrían horriblemente; ¡nada les importaba, seguían en su sitio! Algunos jugaban su existencia, pues un brazo baldado les representaba la miseria; otros exponían su vida, todos la salud. ¡Qué importaba!... esperaban con valerosa paciencia.»

En 24 de Agosto de 1855, Victoria, reina de la Gran Bretaña, vino á orar, bajo la cúpula de los Inválidos, ante la tumba del cautivo de Santa Elena. En 1858, Inglaterra permitió la venta á Francia de Longwood y del sitio donde estuvo emplazada la primera tumba de Napoleón. Un oficial francés reside en Longwood, como *guardián conservador* de la habitación y tumba de Napoleón I. Nada

conserva Santa Elena del ilustre prisionero, pero ha bastado que el recuerdo de Napoleón vaya unido á ella para que el nombre de esta roca, perdida en medio del Océano, se haya grabado indeleblemente en la memoria de los pueblos.

«La imaginación es la dueña del mundo, había dicho Napoleón;

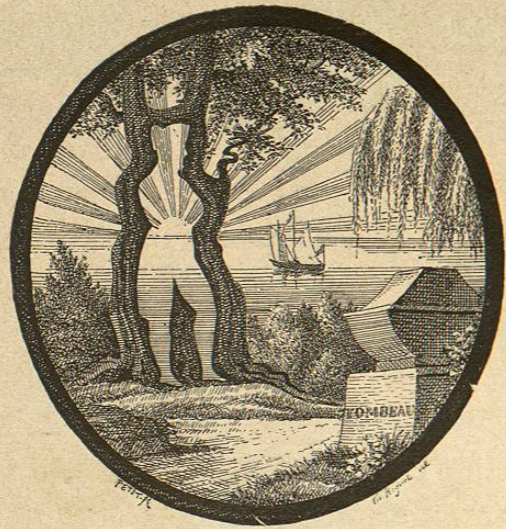


El triunfo de Napoleón  
(Plafón de Ingres en el antiguo Palacio Municipal de París, fotografía de Braun)

sólo á ella obedece el hombre.» La mejor prueba de esta aserción era su propia suerte. Ningún héroe ha ejercido mayor influencia sobre la imaginación humana, y tampoco ninguno ha dejado más profundas huellas de su paso en la historia. Mezcla prodigiosa él mismo de una imaginación sin límites y de una maravillosa habilidad práctica, encontró en la vasta extensión de su propio genio una de las causas de sus excesos y de su ruina. De la concepción á la ejecución no

había en él transición de ningún género, y los sueños le parecían verdadera realidad. Su nombre llena no sólo la historia de Francia en el siglo XIX, sino la historia de toda Europa. Varias de las naciones que revolvió y trastornó, dormitaban antes de su llegada y «viven hoy, según la expresión de Mignet, de la vida que él les dió.»

Así, para juzgar acertadamente á Napoleón, cualquiera que sea el resultado definitivo de este juicio, es necesario considerarle, no



La silueta de Napoleón entre los sauces de su tumba. (Tabaquera histórica de la colección de M. Maze)

sólo como un ilustre personaje francés, sino como un gran hombre europeo, tal como lo fué Carlomagno. Napoleón esparció por Europa las ideas de la Revolución francesa, los principios sociales de 1789 (1).

Francia ha pagado muy caro el gran papel que la hizo desempeñar; sin embargo, ¡qué lección más memorable! Su obra admi-

(1) Antes hemos visto que los Eslavos tributaron una especie de culto á Napoleón. En algunas pagodas de la Indo-China se han encontrado la estatua de Napoleón y de otros guerreros orientales (más ó menos legendarios), divinizados y formando el cortejo de Budha. Madama Hommaire de Hell ha encontrado también el retrato del Emperador en las más humildes cabañas de los Tziganos de Taganrog y de Novotcherkask. En el teatro popular vasco, al lado de las *pastorales* (éste es el nombre genérico que se da á estas composiciones en la región vasco-francesa), que son muy antiguas, tales como las de *Moisés*, *Nabucodonosor*, *Abrahán*, *San Pedro*, *Santa Genoveva*, *San Luis*, *Clodoveo*, *Carlomagno*, *el gran sultán Mustafá*, hay á lo menos tres relativas á *Napoleón*. Finalmente, Chateaubriand vió en muchos puntos de Inglaterra el retrato de este hombre á quien tanto habían odiado en otro tiempo.

nistrativa y social, la parte menos brillante, pero inspirada de un modo más serio en el amor patrio y en el bien público, aquélla que menos debe á la fuerza, es la que le ha sobrevivido y le sobrevivirá en adelante. Napoleón, en vez de restaurar el antiguo régimen, lo destruyó completamente, organizando un nuevo sistema, dando una vida duradera y harmónica á lo que podía conservarse de la antigua Francia y á todo aquello que merecía ser incluido en la obra de la Revolución. Este revolucionario tiene, pues, un sitio señalado en la tradición nacional; pertenece al pasado como domina los tiempos modernos, pues que los ha reconciliado. ¡Dichoso él si hubiese hecho respecto á la constitución política de Francia lo que hizo en favor de su organización social, y no hubiese tratado muchas veces á la libertad como enemiga! De sus grandes conquistas, en las que varias veces sacrificó Francia á su implacable ambición, no queda más que la gloria... ¿Pero acaso la gloria pesa, pues, poco en el patrimonio de una nación? ¿Acaso no es para ella un indestructible tesoro, al abrigo de las mudanzas de la fortuna? Un pueblo que conserva siempre vivo el recuerdo de las grandes empresas que ha realizado, tiene el derecho, cualquiera que sea su situación presente, de no renunciar á ninguna de sus aspiraciones. La gloria de Napoleón está unida con lazos indisolubles á la gloria de todo el pueblo francés, pues únicamente con este pueblo podía realizar su obra. Ante la opinión general, el gran Emperador es inseparable del Gran Ejército.



Mascarilla de Napoleón después de su muerte  
Miniatura de Hervet, tabaquera histórica de la colección de M. Maze